

MENTE Y EXCLUSIÓN

ESTAMOS ACOSTUMBRADOS A CONSIDERAR QUE nuestro cerebro es el origen de nuestro éxito como especie. Y ese éxito resulta poco menos que innegable. Con más de 7.500 millones de individuos, somos la especie de animales vertebrados más numerosa del mundo, y las que nos siguen en número han prosperado viviendo de los desechos de nuestras sociedades (como las ratas y los ratones) o son criadas por nosotros para satisfacer nuestras necesidades, desde las alimenticias (como las vacas y los cerdos), hasta las afectivas (como los perros y gatos).

La Tierra es hoy un planeta humano. El que se asigne a esta era el nombre de Antropoceno, o era del hombre, no es más que una constatación de lo obvio. Pero no solo debemos darnos crédito por los logros de la especie, sino también por muchas de las amenazas que nuestra prosperidad ha creado para el planeta, desde la polución general, hasta las miles de especies extintas. Y solo podemos tomar responsabilidad y alterar el rumbo con nuestra mayor ventaja evolutiva: nuestro cerebro.

Uno de los mayores desafíos para hacerlo es que los seres humanos somos animales con un cerebro, pero animales, a fin de cuentas. Y como animales que somos, evitaremos al máximo de nuestras posibilidades cualquier cosa que implique incomodidad o sensaciones desagradables a menos que otros seres nos fuercen a ello, veamos una posible recompensa



ANDRÉS GARCÍA LONDOÑO

en hacerlo o una amenaza nos empuje a reaccionar. Aunque esto no sea algo común a todos los seres humanos, pues nuestra variedad es casi tan grande como nuestro número, sí es mayoritario. Tanto, que en la historia se encuentran muchos más ejemplos de sociedades que justificaron las atrocidades que cometieron, que ejemplos de sociedades que asumieron su responsabilidad en actos terribles.

En ese punto resulta importante recordar que el cerebro funciona ante todo como una máquina. Y como sucede con todo artefacto, el resultado dependerá del fin que se elija. Tal como un circuito electrónico puede servir para iluminar una ciudad o para electrocutar a alguien, tal como las máquinas de escribir sirvieron en el pasado tanto para escribir obras de arte como para planear genocidios, y tal como hoy un computador puede enviar una carta de amor o borrar una identidad ajena, todo dependerá de lo que decida la mente de cada individuo. Esa mente que vive dentro de la máquina biológica llamada cerebro, y que ha sido formada por la educación que recibió y las experiencias propias.

La paradoja es que una de las especies que más ha sufrido los excesos de nuestra “máquina de pensar” es la nuestra. No hay un sistema de explotación en la historia que no haya sido justificado racionalmente, desde la esclavitud hasta las jornadas laborales de 15 horas. En el centro de ello se encuentran tanto nuestra obsesión por el poder como nuestra afinidad con las

apariencias, y ambas están escritas a fuego en la naturaleza animal propia de la especie. En particular, no solo somos una especie animal con un cerebro grande, sino también una especie visual que le da mayor relevancia al sentido de la vista, lo que parece muy ligado a fenómenos como la discriminación.

Para probar esto, pensemos en lo siguiente: forma y color son las dos principales características que los ojos son capaces de distinguir. Si observamos un grupo de adultos a la distancia, ¿cuáles son las características que saltan primero a la vista? A una distancia media, lo único que distinguiremos es su posible sexo y el color de su piel. Así que vale preguntarse, ¿es casual que las dos formas de discriminación más importantes de la historia (el sexismo y el racismo) sean también las dos características que más fácilmente distinguen nuestros ojos?

Si se asume que esta coincidencia no puede ser casual y se suma al análisis otra característica de los grupos animales —el hecho de que el poder físico es determinante para establecer jerarquías—, la incómoda conclusión es que la razón puede no haber estado en la base de nuestros más notables sistemas de discriminación, aunque ambos estuvieran separados por milenios. Al principio estos sistemas pueden haberse sustentado simplemente en la necesidad animal de imponerse sobre otro, y como somos animales visuales, mientras más fácil resultaba dividir visualmente a los grupos involucrados, más prosperaron tales sistemas; por ello, no resulta extraño que los dos mayores grupos de víctimas de la discriminación fueran todas las personas de un sexo, y las que tenían un color de piel distinto en África, Asia o América. Tampoco, que la dominación se sostuvo al inicio en nada más profundo que la mera fuerza física: en el caso de hombres y mujeres, distinta

masa muscular; en el caso del racismo, tecnologías de guerra.

Pero después, nuestro cerebro sí entró al juego por entero. Y no solo para establecer los complejos sistemas sociales que permitieron la supervivencia de esas formas de exclusión, incluyendo leyes que aseguraban el castigo a quienes las transgredían, sino para justificar la realidad de la opresión, en lo cual se llegó a extremos. Múltiples religiones inventaron sus versiones de la poco confiable Eva, y los defensores del racismo crearon las ideas de sociedades superiores y de civilización frente a barbarie. De hecho, con la llegada del método racional más poderoso creado por nuestro cerebro, la ciencia, al principio todo empeoró

en lugar de mejorar. El siglo XIX está lleno de pasos en falso que justificaban los viejos sistemas de opresión, desde la invención de la histeria en el caso de las mujeres, hasta medir los cráneos para

justificar la ubicación privilegiada del hombre “blanco”. No en vano, las creencias seudocientíficas llegarían a su máxima aplicación entre movimientos partidarios de la opresión extrema, como el nazismo. Solo luego la ciencia real se volvería una aliada en la lucha contra la discriminación.

Nuestro momento presente recuerda una frase del diplomático israelí Abba Eban: “Los hombres y las naciones tienden a comportarse sabiamente cuando ya han agotado todas las otras posibilidades”. Otra forma de entenderlo es afirmar que los grupos humanos tienden a la inercia, porque nuestro cerebro mismo está mejor entrenado en proponer justificaciones y acusar a otros que en proponer cambios que nos involucren. Por eso no resulta extraño que, si se considera a las sociedades como un todo, pocas cosas sean tan valoradas como la confortable estabilidad.

En ese punto resulta importante recordar que el cerebro funciona ante todo como una máquina. Y como sucede con todo artefacto, el resultado dependerá del fin que se elija.

A pesar de todo, parece que estamos cambiando. Los últimos siglos nos han enseñado los riesgos de la exclusión. La ciencia misma desmonta cada día otra nueva base de las antiguas formas de la discriminación y la historia nos enseña los peligros de mantener al margen a sectores inmensos de la población. No solo cada vez es más difícil justificar las antiguas formas de exclusión basadas en la superficie (literalmente hablando, pues la vista se basa en el reflejo de la luz sobre la capa más externa de un objeto), sino que cada vez somos más conscientes de que todos vivimos en un mismo planeta. Eso, sin embargo, no nos libra de nuestra condición. Seguiremos siendo animales. Y como tales, alcanzar el mayor poder dentro del propio grupo seguirá siendo uno de los motores de nuestras sociedades, y esto se conseguirá y se justificará usando esa herramienta excepcional que es nuestro cerebro.

Así que toda lucha contra otras formas de exclusión más contemporáneas y menos evidentes a simple vista (entre ellas, la educativa, la salarial y la basada en las preferencias sexuales) no puede aspirar al triunfo a menos que reconozcamos que nuestra condición animal misma no va a cambiar, pero que sí podemos educar a esa mente que vive dentro de nuestro cerebro para que en lugar de justificar atropellos los combata, para que se acostumbre a ver la complejidad en lugar de limitarse a lo obvio, y para que en lugar de evadir los problemas los enfrente y asuma la responsabilidad por los resultados. Al final, y como siempre ha sido, la educación de las mentes también definirá la Historia que aún no ha sido escrita. ■



revista
**UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA**

Les desea a sus lectores
una Feliz Navidad y un
Próspero Año Nuevo